

CAPITULO XVIII.

LOS CURAS GENERALES.

El 9 de Febrero de 1812 llegó D. José María Morelos con tres mil hombres bien armados á Cuautla de Amilpas, despues de haber arrollado todos los obstáculos que el Virey con incansable actividad habia tenido cuidado de irle sembrando á su paso. El caudillo independiente podia haber entrado á dicha poblacion con quince, con veinte ó con treinta mil indios, porque todos los dias se le presentaban ardientes partidarios de la causa que sostenia; pero su sistema era no rodearse de chusmas para no embarazar con ellas sus movimientos, evitándose principalmente los robos y desórdenes que causaban. Lo vimos llegar con tres mil hombres al puerto de Acapulco, con tres mil hombres hacer la campaña por toda la costa, con tres mil hombres llegar hasta Izúcar, y con ese mismo número posesionarse de Cuautla con el ánimo de hacerla el centro de sus operaciones militares.

Quien nos da una buena idea de las posiciones de Morelos en aquellos momentos es el Virey Venegas que decía en sus instrucciones á Calleja:

“Todos estos males, el perjuicio de estar interceptado el comercio de Acapulco, imposibilitada la descarga de la nao y la traslación de sus efectos al interior del reino, privándose el real erario en medio de su penuria, de un millon de pesos que debería reportar de los derechos de aquel cargamento y la inminencia de que aquella plaza y su puerto puedan sucumbir á las fuerzas de la insurreccion, están apoyadas en el cuerpo de Morelos, principal corifeo de la insurreccion en la actualidad, y podemos decir que ha sido en ella el genio de mayor firmeza, recursos y astucias, habiendo ciertas circunstancias favorables á sus designios, prestándole mayor osadia y confianza en llevarlas á cabo, principalmente el ataque de Tixtla, en que derrotó aquella division que aunque debiera haber sido respetable por su número, perdió todas las ventajas en la indisciplina, en la relajacion y en el desorden, y sobre todo, en la incapacidad de su comandante para conducirla.

Es, pues, indispensable combinar un plan que asegure dar á Morelos y á su gavilla un golpe de escarmiento que les atemorice hasta el grado de que abandonen á su infame caudillo, si no se logra aprehenderlo.

Sus principales puntos ocupados son Izúcar, Cuautla y Tasco, habiendo destacado en estos últimos dias una vanguardia, que ocupó sucesivamente los

pueblos de Totolapa, Buenavista, Juchi, Tlalmanalco y Chalco, la cual se ha replegado posteriormente á Totolapa y Cuautla, teniendo avanzadas en Buenavista.

El día 15 amaneció Morelos muy festejoso y desde muy temprano mandó invitar á su teniente general el cura Matamoros, para que lo acompañara en una pequeña escursion á caballo, así es que los dos párrocos seguidos de una escolta, de dos oficiales y ocho dragones, salieron á eso de las seis de la mañana á recorrer los parajes cercanos con pretexto de hacer un reconocimiento, pero en realidad para celebrar una conferencia íntima sin el peligro de ser interrumpidos por las gentes que á toda hora acudian al cuartel general.

—Segun eso, le preguntó Matamoros al general Morelos, ¿ya está decidido que nos defendamos en esta plaza?

—Eso es lo que vamos á decidir ahora, le contestó aquel, y lo cual dependerá primero, de lo que vamos á hablar vd. y yo, y despues, de las noticias que me traiga Colás.

—Llega hoy?

—Cierto presentimiento me dice que ha de llegar y mas bien, el hecho de que nuestras avanzadas, conforme á sus instrucciones y á las noticias que de él tenían que recibir al efecto, vienen replegándose. Creo que despues que recorramos esta línea, lo encontraremos en el camino.

—Bien, dijo Matamoros, entonces quizás sabre-

mos de una manera mas cierta cual es el jefe realista designado para atacarnos.

—Calleja, murmuró Morelos á la vez que le brillaban los ojos de alegría, no puede ser otro que Calleja.

—Por qué?

—Porque aunque lo odia de muerte el Virey, segun nos consta por las comunicaciones que hemos interceptado, todavía no acaba de sacarle el jugo, y ademas no hay otro jefe entre los que lo rodean á quien pueda confiar esta empresa.

—Sin embargo, se decia mucho que Calleja por sus enfermedades.....

—Consejas, amigo mio, consejas; ese hombre está tan bueno y sano como nosotros, y la prueba mejor es que se ha vivido en México en una fiesta continuada. Lo que ha querido es hacerse del rogar para imponer su voluntad al Virey, que es débil de caracter por mas que en su trato se muestre no solo altivo sino grosero.

—Pues en viniendo Calleja.... comenzó á decir Matamoros.

—Eso ya lo sé, le interrumpió Morelos, en viniendo Calleja tenemos que prepararnos mejor porque es un militar entendido y valiente; pero si tenemos la fortuna de vencerle, ya no encontrará mas obstáculos el triunfo de la revolucion.

—En ese caso, y me aventuro á decir esto solo como una observacion, ¿no seria mas ventajoso salirle al encuentro?

Morelos se sonrió y se apresuró á contestar:

—Es lo que deseo, mi buen amigo, que vd. me presente sus dudas ó sus argumentos con absoluta franqueza, una vez que para eso hemos venido. Y aquí debo decirle también en el seno de la confianza, que me he querido aconsejar de vd., mejor que de ninguno de mis otros generales, porque á vd. es al que considero mas inteligente para estos casos. Los Galeana, los Bravo, los Ayala son animosos, pero carecen de sagacidad, que es á veces mas interesante que el valor.

Matamoros dió las gracias y Morelos continuó:

—Ahora bien, vd. sabe que si bien nuestras tropas no son del todo malas, carecen de cierta instruccion lo mismo que sus jefes para poderse batir en campo raso. Yo mismo que los mando á todos, y á pesar de no ser muchos, me sentiria embarazado para poderlo mover con oportunidad, mientras que sé muy bien que detras de los parapetos podremos todos mas firmemente mantenernos en nuestros puestos.

—Pero si vamos á defender la plaza unicamente, ¿de qué modo podremos vencer á Calleja? Mas claro: si nuestro papel es pasivo una vez que se limita á la defensa, ¿de qué modo adquiriremos una ventaja decisiva sobre un enemigo que nos atacará y se retirará intacto si no puede lograr el asalto?

—El argumento es mas fuerte en el fondo de lo que á primera vista parece y ya me lo he hecho y me lo he resuelto de esta manera: aquí, no es esta plaza de Cuautla la que defendemos, pues que podemos ha-

cer de cuenta que es como si fuera otra posicion cualquiera, en que solo se le disputa el paso al enemigo.

—Así lo entiendo.

—Pues bien: llega Calleja con su ejército y como lo tiene de costumbre nos ataca, despues de los primeros reconocimientos, por dos ó tres puntos que considera los mas débiles. Nosotros debemos rechazar su primer empuje, con la seguridad de seguir rechazando los otros, porque nuestros soldados habrán criado mas ánimo á la vez que lo ha ido perdiendo el enemigo. Mientras tanto se pueden ir organizando por fuera algunas partidas que en un dia dado se presenten á la vista de Calleja quien podrá quedar cogido entre dos fuegos.

—Bien, bien, exclamó Matamoros lleno de júbilo, era el mismo plan que yo me habia formado en mi interior y que no me atrevia á comunicar á vd. temeroso de que fuéramos en desacuerdo.

—Si podemos resistir á Calleja por unos doce ó quince dias siquiera, continuó diciendo Morelos, fuera del destrozo que podamos hacerle desde nuestras fortificaciones, daremos lugar á que algunas partidas vengan á molestarlo para que nosotros aprovechemos el primer momento oportuno que se nos presente á fin de hacer una salida sobre él que pueda ser coronada del mejor éxito.

—Sí, sí, exclamó el cura Matamoros con entusiasmo.

—Pero si nos vence, si nos toma la plaza, le costá-

rá muy caro el triunfo, mas todavía que en campo raso, en donde podia acabar con nosotros en menos de dos horas, quitándonos en un instante lo que aquí le costará mucho trabajo quitarnos en algunos dias.

—En el evento de que nos lo dejemos quitar.

—De todas maneras, en caso de perderse, se pierde siquiera con honra.

—Y si no se adquiere una victoria completa, porque es difícil para un sitiado tomar la iniciativa sobre un sitiador, al menos se pueden hacer tales daños al enemigo que sea posible acabar de destruirlo despues con algun esfuerzo. Esto cabalmente era lo que tenia yo pensado.

—¿Y no me habia comunicado su pensamiento, señor cura. . . . señor general? se apresuró á decir Morelos corrigiendo la frase.

—¿Para qué, si Su Señoría siempre se adelanta á todo y lo que hace lo hace con el mayor acierto?

—Ahora vamos recorriendo esta otra línea que seguramente es la que va á ser ocupada por el enemigo de toda preferencia, dijo el caudillo señalando las poco elevadas lomas de Zacatepec.

Encaminaron sus cabalgaduras al punto indicado y desde allí estuvieron calculando el mal que podria hacerles el enemigo con su artillería y de qué manera adelantarian unos reduetos para impedirlo.

—Es tanto mas importante esto, dijo Matamoros, cuanto que ha de tratar de impedirnos la entrada del agua.

—Sí, ya habia yo pensado en eso y tenemos que

defender la entrada del agua palmo á palmo. Para eso he mandado construir esos dos pequeños fuertes con sus caminos cubiertos.

—¿Pero no será estendernos demasiado y diseminar nuestras fuerzas?

—Indudablemente, pero tendremos reservas establecidas cerca de los puntos que veamos mas amagados, que acudirán á toda prisa á la hora que las necesiten. Por lo demas no emplearemos mas que quince ó veinte hombres para cada trinchera, una vez que el soldado valiente que sabe manejar su arma detras del parapeto vale por cinco.

Matamoros alzó la cabeza para ver de frente á aquel hombre sintiéndose electrizado ante la fé que manifestaba.

—Por aquí nada tenemos que temer, favorecidos como estamos por nuestros fuertes y por esos grupos de árboles en donde puede emboscarse un cañon con doscientos hombres, vamos adelante, dijo Morelos despues de un pequeño exámen.

Picó su caballo, hizo lo mismo su compañero, y seguidos siempre de su escolta fueron rodeando la poblacion, haciendo un detenido estudio de todos los accidentes del terreno hasta llegar al camino real de México.

—Esta es la direcciön que menos debe inquietarnos, dijo Morelos apeándose del caballo y entregando las riendas á un soldado que se apresuró á cogerlas. Y despues que Matamoros hizo lo mismo, continuó diciendo:

—Nunca se ataca de frente una plaza fortificada, sin duda porque se tiene la preocupación de que por allí se han hecho las mas estudiadas defensas; pero además, todo esto se encuentra muy descubierto y dominado por el reducto del Calvario.

—Soy del mismo parecer, contestó Matamoros, me parece que Calleja comenzará sus operaciones por el rumbo opuesto para ponerse en contacto con los elementos que pueda proporcionarle la hacienda de Coahuixtla.

—Bien puede ser. Ahora vamos refrescándonos aquí un poco, y procuraremos que se nos sirva de las casas inmediatas un almuerzo frugal, dando tiempo á que llegue mi enviado.

Ambos párrocos se dirigieron á una choza que estaba á la orilla del camino destinada á ser derruida, como otras que habia por allí diseminadas, para que no pudieran ofrecer el menor albergue al enemigo, y una vez que se les hizo la promesa de que pronto se les freirian unos huevos y alguna otra cosa con que pudieran engañar el hambre, continuaron tranquilamente su conversacion en la que campearon de preferencia los asuntos palpitantes, que eran los recursos con que contaban para sostener el empuje de Calleja, y en caso ofrecido un sitio prolongado; el daño que podia hacer á sus fuertes construidos sin sujecion á ninguna regla, la poderosa artilleria enemiga y lo demas que tenia rose inmediato con la situacion.

Eran las once de la mañana y apenas habian comenzado á saborear su humilde almuerzo, por cierto

con mucho apetito, cuando vinieron á decirles que por el camino se divisaba un polvo producido por quince ó veinte cabalgaduras.

Morelos sin dejar su sitio, mandó que fuera un oficial á reconocer aquella fuerza. A poco llegó avisando que era una avanzada que se replegaba escoltando á un correo.

Detras del oficial apareció Nicolás, el antiguo criado de confianza del curato de Carécuaro.

—Colás! exclamó Morelos, bien sabia yo que habias de llegar á estas horas y en este dia.

Y en seguida, como no acostumbraba el cura hacer misterio de cierta clase de asuntos, le dijo:

—Acércate mas y habla.

—Pues segun Su Señoría me ordenó, empezó á decir Colás, hice por entrar á México, por avistarme con las personas que me habian de dar informes y todo lo hice al pié de la letra.

A una señal de aprobacion del párroco, el sirviente contó detalladamente de qué medios se valió para introducirse á México sin hacerse notar como sospechoso, en donde estuvo alojado los tres dias de su permanencia allí; con qué personas habló, cómo vió salir la artillería y caballería con que se mandó reforzar el ejército de Puebla, destinado á atacar la plaza de Izúcar, á la vez que se habia de batir á la de Cuautla por Calleja; cómo estuvo mezclado entre la muchedumbre á visitar el campamento de San Lázaro contando pieza por pieza, soldado por soldado, oficial por oficial, mula por mula, de todo lo que traia

un apunte hecho con rayas que él solo entendía y podía descifrar para la hora que se quisiera, y de qué manera se había proporcionado una copia del mismo plan de operaciones dado por el Virey á Calleja, el cual traía muy bien oculto entre las suelas de sus deteriorados zapatos.

—Pues esto es lo principal, exclamó Morelos fuera de sí de gozo y casi próximo á dar un beso á su inteligente, á su intrépido, á su buen hijo Nicolás, á quien no se cansaba de prodigar los mas afectuosos calificativos.

En seguida tomó el papel de las manos del criado y abandonando lo poco que quedaba de almuerzo, invitó á Matamoros para que salieran del jacal con objeto de tener mejor luz á la sombra de un árbol que estaba allí cerca y que tambien tenia que ser derribado como otros de sus compañeros.

Luego que concluyó la lectura del documento dijo Morelos al otro párraco:

—No estamos tan mal como yo me lo figuraba, Calleja traerá unos cinco mil hombres y esos pocas ó menos son los que podremos oponerle si llegan los refuerzos que he mandado reconcentrar entre hoy y mañana. Pasado mañana lo tendremos encima y en ese mismo dia se atacará á Izúcar. Es preciso mandar tres propios á cada dos horas, para que vayan á comunicarlo á nuestros amigos de Izúcar.

Todos juntos entraron por la tarde á Cuautla. El resto del dia así como el siguiente se pasaron en hacer los preparativos para la defensa.

El 17 muy temprano el mismo Morelos salió de explorador llevando unos cincuenta hombres bien montados para hacer escaramuzas al enemigo. Este no tardó en presentarse á la vista. Entonces el caudillo lleno de ardor dijo á los capitanes que lo acompañaban:

—Ayúdenme vdes. á derrotar aquí á Calleja y les respondo del triunfo completo de la independencia.